

especial para El Financiero, edición del 23 de junio de 1992
Michoacán

miguel ángel granados chapa

Cuando el Partido Revolucionario Institucional designó su candidato a Eduardo Villaseñor, diputado federal sin mayor relieve que el de haber sido alcalde de La Piedad, así como importante porcicultor, parecía indicar que no se empeñaría desafortadamente en ganar las elecciones en Michoacán. De haber sido esa la intención entonces, no habría sido descabellada. En el beisbol es frecuente que ante un bateador poderoso, la táctica sea otorgarle la base por bolas, sin que eso implica desdoro para nadie, sin simplereconocimiento de las fuerzas en presencia.

Pero en las semanas recientes aquella presunta decisión se ha trocado en una férrea determinación de obtener el triunfo mediante la aplicación de una vastedad de recursos, materiales y políticos. Sería propio que lo hiciera el PRI: para eso se actúa en la política electoral, para ganar. Pero cuando eso implica el despliegue de tácticas y arbitrios que ponen en riesgo la legitimidad de la competencia electoral, y la armonía social (nunca suficientemente fuerte en una sociedad surcada por toda suerte de conflictos), hay que fijar la atención sobre lo que allí sucede.

El trasfondo de la campaña priista, que no sólo es electoral ni se limita a Michoacán, sino que es nacional y ampliamente política, consiste en convertir a los comicios de esa entidad en la prueba de la debilidad real del Partido de la Revolución Democrática. A veces a gritos, a veces en susurros, voces priistas aseguran que el riesgo real el 12 de julio radica en Chihuahua, donde el PAN puede ganar las elecciones, oero no así en Michoacán, donde el PRD están desorganizado y dividido a extremos tales que no sobrevivirá. Encuestas especialmente encargadas dan la razón a esos pronósticos, o son los pronósticos los que dan la razón a las encuestas. Lo mismo da.

Genaro Borrego, el nuevo presidente del partido gubernamental, ha realizado varios recorridos por distritos michoacanos, donde también trabaja intensamente el Programa Nacional de Solidaridad, cuyo símbolo tricolor es tan fácilmente asimilable para efectos electorales al emblema priista. En una de esas giras, el ex gobernador zacatecano propuso la formación de grupos de observadores nacionales (extranjeros no, para no entregar nuestras decisiones soberanas a personas que no hayan nacido en México). Es una buena proposición, sólo que tardía, pues ya actúa en esa entidad uno de esos grupos, que el próximo 29 de junio producirán un informe especial, pero anticipó ya algunas de sus observaciones, que corresponden por un lado a situaciones conocidas en general (lo que refuerza la convicción extendida

de que la mecànica política es impermeable a la modernidad), y por otra parte a innovaciones específicas aplicables a las peculiares condiciones michoacanas.

El grupo de observadores pertenece al Movimiento Ciudadanos por la Democracia (MCD). Puesto que en él figuran de modo sobresaliente hijos del doctor Salvador Nava y miembros del Frente Cívico Potosino (en los hechos, pie fundador de ese Movimiento) se puede mermar la severidad de sus afirmaciones atribuyèndoles una connotaciòn partidista. Pero no todos kis observadores pertenecientes a ese grupo estàn adheridos o inclinados a una banderia. Al contrario, personas como el abogado Josè Agustìn Ortiz Pinchetti se han esmerado en evitar que agrupaciones de semejante vocaciòn, como el Acuerdo Nacional para la Democracia, se contaminaran de querellas partidarias, y buscan imprimir el mismo sello al MCD. Pero aun si se tratara de opiniones sesgadas, eso no les quita a la mayor parte de ellas su correspondencia con la verdad. Su aseveraciòn principal es fàcilmente comprobable por todos. Consiste en la inequidad de la competencia electoral. La abundancia material de la campaña priista, aun si no estuviera reforzada centralmente por Pronasol, bastaria para hacer desigual la contienda. La apabullante presencia de los candidatos priistas y sus desoplazamientos en los medios de informaciòn locales no puede ser negada, en contraste con el regateo de informaciòn acerca de la campaña perredista

El contenido de la campaña del PRI es grosero y mentiroso. Busca crear una sensaciòn de miedo respecto del eventual triunfo del PRD. Si bien los habitantes de los municipios gobernados por miembros de ese partido --màs de cincuenta, incluida la capital--han comoprobado a lo largo de tres años que los ayuntamientos respectivos no practican el terror, ni han desestabilizado a las comarcas respectivas, la machacona propaganda consigue sus efectos, màxime si es potenciada por agrupaciones privadas que olvidan su deber de no manifestarse partidariamente y lo hacen en los hechos en favor de esa actitud atemorizante.

Nadie podria pedir al PRI que deliberadamente perdiera unas elecciones. Si es dable razonar, en cambio, si el empecinamiento en forzar la modificaciòn de condiciones que pueden serle adversas le otorgarà una victoria pìrrica. La gobernabilidad de un estado no se mide sòlo por la ausencia de conflicto violento. Aun si no lo hubiera, es previsible que una victoria priista fincada en el avasallamiento de los adversarios no instaurarà el clima en que sepueda ejercer, a la par que la política, la autoridad moral.

Michoacán

Miguel Angel Granados Chapa

Cuando el Partido Revolucionario Institucional designó su candidato a Eduardo Villaseñor, diputado federal sin mayor relieve que el de haber sido alcalde de La Piedad, así como importante porcicultor, parecía que no se empeñaría desafortunadamente en ganar las elecciones en Michoacán. De haber sido esa la intención entonces, no habría sido descabellada. En el beisbol es frecuente que ante un bateador poderoso, la táctica sea otorgarle la base por bolas, sin que eso implique desdoro para nadie, sino simple reconocimiento de las fuerzas en presencia.

Pero en las semanas recientes aquella presunta decisión se ha trocado en una férrea determinación de obtener el triunfo mediante la aplicación de una vastedad de recursos, materiales y políticos. Sería propio que lo hiciera el PRI: para eso se actúa en la política electoral, para ganar. Pero cuando eso implica el despliegue de tácticas y arbitrios que ponen en riesgo la legitimidad de la competencia electoral, y la armonía social (nunca suficientemente fuerte en una sociedad surcada por toda suerte de conflictos), hay que fijar la atención sobre lo que allí sucede.

El trasfondo de la campaña priista, que no sólo es electoral ni se limita a Michoacán, sino que es nacional y ampliamente política, consiste en convertir a los comicios de esa entidad en la prueba de la debilidad real del Partido de la Revolución Democrática. A veces a gritos, a veces en susurros, voces priistas aseguran que el riesgo real el 12 de julio radica en Chihuahua, donde el PAN puede ganar las elecciones, pero no así en Michoacán, donde el PRD está desorganizado y dividido a extremos tales que no sobrevivirá. Encuestas especialmente encargadas dan la razón a esos pronósticos, o son los pronósticos los que dan la razón a las encuestas. Lo mismo da.

Genaro Borrego, el nuevo presidente del partido gubernamental, ha realizado varios recorridos por distritos michoacanos, donde también trabaja intensamente el Programa Nacional de Solidaridad, cuyo símbolo tricolor es tan fácilmente asimilable para efectos electorales al emblema priista. En una de esas giras, el exgobernador zacatecano propuso la formación de grupos de observadores nacionales (extranjeros no, para no entregar nuestras decisiones soberanas a personas que no hayan nacido en México). Es una buena proposición, sólo que tardía, pues ya actúa en esa entidad uno de esos grupos, que el próximo 29 de junio producirá un informe especial, pero anticipó ya algunas de sus observaciones, que corresponden por un lado a situaciones conocidas en general (lo que

refuerza la convicción extendida de que la mecánica política es impermeable a la modernidad), y por otra parte a innovaciones específicas aplicables a las peculiares condiciones michoacanas.

El grupo de observadores pertenece al Movimiento Ciudadanos por la Democracia (MCD). Puesto que en él figuran de modo sobresaliente hijos del doctor Salvador Nava y miembros del Frente Cívico Potosino (en los hechos, pie fundador de ese Movimiento) se puede mermar la severidad de sus afirmaciones atribuyéndoles una connotación partidista. Pero no todos los observadores pertenecientes a ese grupo están adheridos o inclinados a una bandería. Al contrario, personas como el abogado José Agustín Ortiz Pinchetti se han esmerado en evitar que agrupaciones de semejante vocación, como el Acuerdo Nacional para la Democracia, se contaminaran de querellas partidarias, y buscan imprimir el mismo sello al MCD. Pero aun si se tratara de opiniones sesgadas, eso no les quita a la mayor parte de ellas su correspondencia con la verdad. Su aseveración principal es fácilmente comprobable por todos. Consiste en la inequidad de la competencia electoral. La abundancia material de la campaña priista, aun si no estuviera reforzada centralmente por Pronasol, bastaría para hacer desigual la contienda. La apabullante presencia de los candidatos priistas y sus desplazamientos en los medios de información locales no puede ser negada, en contraste con el regateo de información acerca de la campaña perredista.

El contenido de la campaña del PRI es grosero y mentiroso. Busca crear una sensación de miedo respecto del eventual triunfo del PRD. Si bien los habitantes de los municipios gobernados por miembros de ese partido -más de 50, incluida la capital- han comprobado a lo largo de tres años que los ayuntamientos respectivos no practican el terror, ni han desestabilizado a las comarcas respectivas, la machacona propaganda consigue sus efectos, máxime si es potenciada por agrupaciones privadas que olvidan su deber de no manifestarse partidariamente y lo hacen en los hechos en favor de esa actitud atemorizante.

Nadie podría pedir al PRI que deliberadamente perdiera unas elecciones. Sí es dable razonar, en cambio, si el empujamiento en forzar la modificación de condiciones que pueden serle adversas le otorgará una victoria pírrica. La gobernabilidad de un estado no se mide sólo por la ausencia de conflicto violento. Aun si no lo hubiera, es previsible que una victoria priista fincada en el avasallamiento de los adversarios no instaurará el clima en que se pueda ejercer, a la par que la política, la autoridad moral,